



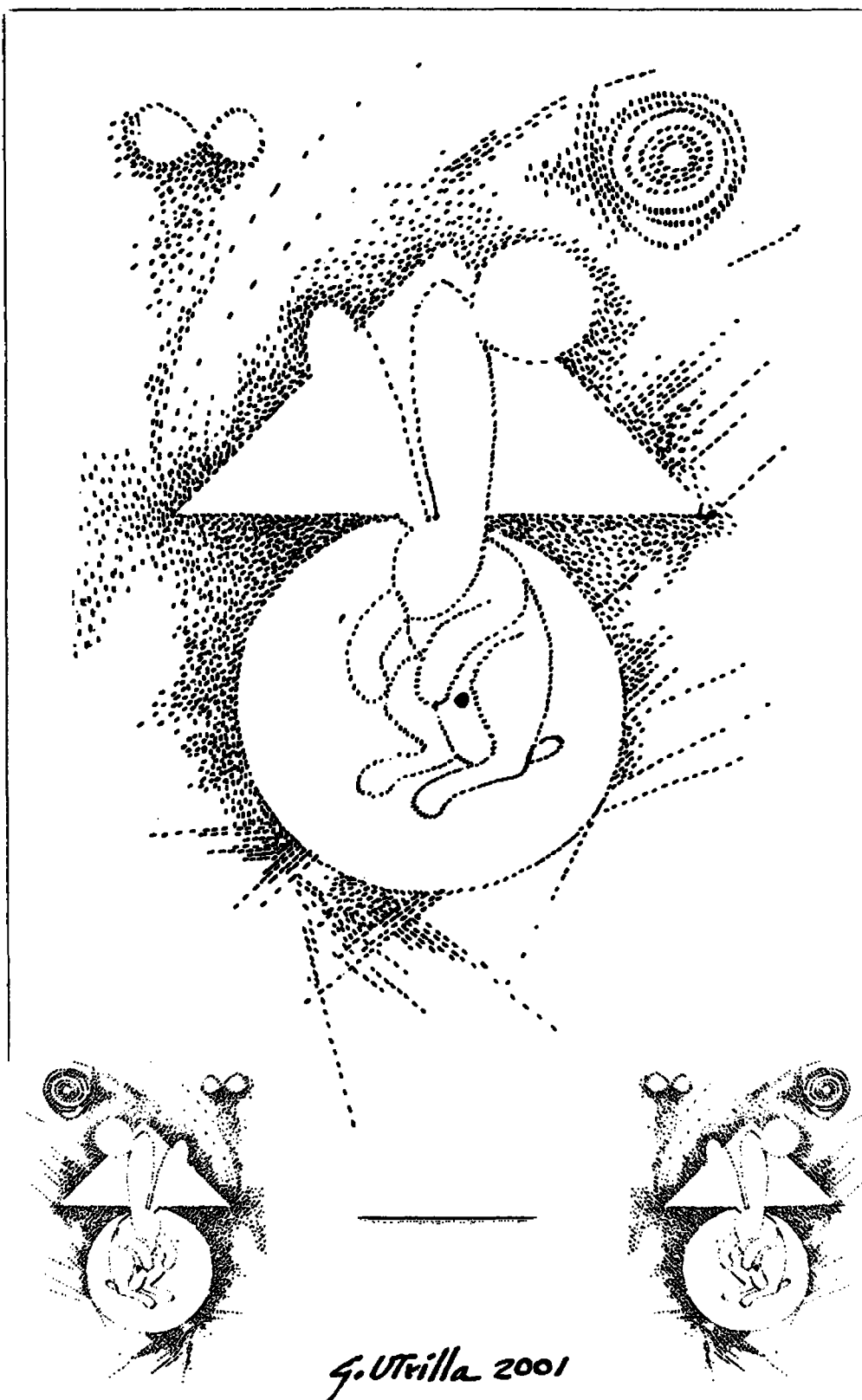
MASACCIO, *La expulsión de Adán y Eva del paraíso*, 1425.



ALBRECHT DÜRER,
Adán y Eva, 1504.

LA ABEJA EN

LA COLMENA •



RAÚL CÁCERES CARENZO •

Conejo Lunar: Niño de los sueños

Llevas en tu seno el libro

Niño Lunar:
Vienes de la Ciudad Justa
(que está oculta)
a borrar la soberbia
y entregar tu corazón.
Allá en Noh Pat se encuentra el Libro
—que es invisible a los ojos
de los hombres del poder.

Conejo niño:
Vienes a instruir el oficio de soñar...
Traes en tu pecho el Libro Antiguo
que únicamente en soledad pueden leer
algunos de nuestros hermanos
que ahora sufren vasallaje.
Y caminamos tras tu estela de lumbres.

Y vemos alumbrar la escritura edificada
en los templos del aire nocturno luminoso.

Así invoco al Conejo, al Niño de Los sueños.
Le pido que nos vuelva guerreros:
Los amantes del ser
en las arenas lívidas de la luz que se evade
con los días que suben y las sombras que llegan.

Niño de mis sueños encendidos:
Liebre, ardilla, conejo transformista
—Ojo veloz del Cielo—
Arco ardiente de miradas-saetas...
Desde tus caracoles de tierra y mar
Veo y oigo:

Era antaño el mundo una alta condición...
Antaño —entre las hojas verdes y amarillas moviéndose
en la brisa irradiante: aquel viento del sol con sombras
cálidas que aromaban las lianas... ¡los ramajes! de las
selvas y montes: la Tierra de esos días.

Todo era una clara condición... Antaño, bajo
las grandes hojas rojas y azules y amarillas de la ensoñación
de los días... y en la noche, entre la penumbra endiosada de
las horas que ardieron en valles y colinas. Resplandecían
entonces los rostros de los dioses en los ojos de los hombres:

Máscaras brillantes, transparentes:
Espejos con que nos hablan los duendes, espíritus,
dueños; los Señores de animales y árboles, los dueños
primigenios de las hierbas y frutos de los bosques...

La luz era la ciudad de los dioses.
En lontananza se abrían las puertas de los cielos.
Espiral: abismo en vuelo
Espiga de tiempos y destinos.
En las esferas del universo futuro
aguarda el canto.
Desde este canto el polvo fabrica albas sonoras
y con su sangre encienden el sol nuestros abuelos.

Conejo azul, niño lunar, padrecito de los sueños
del poeta... ¡cuatro mil veces cuatro mil cuatrocientos
saludos a tu sombrero de lluvias y relámpagos!

Con tu sombrero de lluvias y avecillas saludamos
también a los venados y al quetzal, ¡a las criaturas todas
del bosque, de la tierra, los mares, los aires y los cielos!
Y al Señor del Universo, al precioso Señor Celestial:
Señor de todas las criaturas que alientan en la tierra,
en el aire, en el agua y en las estrellas que nos miran:

—Hombre de toda condición y de noble conciencia:
Mira tu aldea sosegada en el aire de la luz. La tarde
en las colinas. Las sombras que delinean el paisaje con los
hilos plateados del canto de las aves. Un silencio de almas
florece en todas partes. La fogata de zarzas brilla con centellas
mensajeras de dioses. Están llenas de dioses las cabañas del
campo. Tus ojos se abren con resplandores del Espíritu sobre
praderas silenciosas. Llegan al fogón de nuestra casa los
seres amados que creímos perdidos. Vamos hacia los rostros de
Dios por humildes veredas...

El niño de los sueños sabe que veniste de Maní
(donde ardieron las voces, donde tus ojos se nublaron) a vencer

la soberbia y entregar tu corazón. Luchaste con el ángel del verbo
contra el gran silencio de Dios. Diste palos de ciego en
la claridad. El conejo azul es tu nahual protector.
Sabes ya enlazar el alma con la muerte... palpar tu dualidad.
Hoy entras en tu propio infierno para hacer vibrar una nota de la
Música de la Creación. Esa onda está en tu ser: es tu ser. Las
espigas del invencible Amor abrirán los caminos.
Podrás jugar a la magia y ser vencido con júbilo por tu suerte.

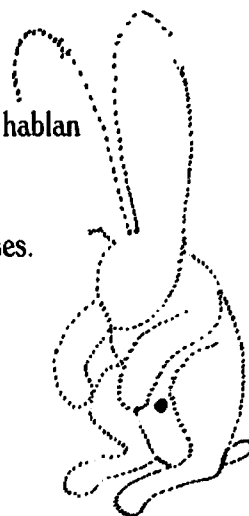
Conejo azul

Niño lunar

Que juegas con los sueños
y los versos:

En el canto está el hombre.
Nuestros ojos reciben el tiempo de la luz.
Bajo la lumbré secreta de las almas
cierras y abres
otra página del Libro.
Y así vemos nuevamente las palabras que nos hablan
desde el abismo de los corazones florecientes.

El destino no lo dictan los hombres ni los dioses.
El destino es la voluntad de la tierra.



(Del libro inédito *Dios de presencias lívidas*)